



piloto pardo
469 Bethnal Green
E2 9QH London

Sebastian Espejo

Mockingbird

22 de mayo - 19 de junio 2021

Ruiseñor

Se dice que en tiempos de los griegos el ojo emitía un haz de luz que interactuaba con los objetos y se devolvía al órgano con lo visto. La visión era como una flecha con una cuerda en un extremo que se clavaba en lo mirado, el ojo tironeaba la cuerda como un aparejo de pesca y lo traía a su órbita para verlo. En esos tiempos el color no era un matiz, sino brillo; eran los chispazos que se producían en esos encuentros de la materia con la luz. Sus ojos serían como el Sol, y por eso podrían ver el astro.

Porphureos era el color del mar meciéndose a la hora azul y el del líquido oscuro moviéndose en la copa que un griego se lleva a la boca. El mar de la tarde y el vino en una copa de vidrio tenían el mismo brillo. Eran del mismo color, eran resplandor y movimiento. Sentados en las rocas de la playa, mientras compartíamos una botella de vino tinto y veíamos el mar iluminado por un sol hundido, me dijiste,
—*El ciego acaba de contarme que el ruiseñor ya cantó en Inglaterra. Cuando pasen las lluvias y las nieves, cuando regrese el ruiseñor de sus tierras del Sur, nos recitarás el poema. Tienes un año entero para bruñir cada letra, cada palabra.**

Pronunciaré cada letra y cada palabra como imágenes, cada mirada un brillo como el de nuestro mar y vino.

En Inglaterra, el canto del ruiseñor anuncia buen tiempo. Los pajaritos traen consigo a la primavera, con ellos vuelve el sol cálido y su luz incide, impacta, acaricia las cosas. Llevamos lo visto con el fuego interno de nuestro ojo, atrapamos la llama de los objetos, esa luminiscencia que transmiten cuando son tocados por la luz del astro rey.

El ruiseñor es escurridizo y difícil de ver. Escuchamos su canto pero su presencia se nos escapa. Si lográramos avistarlo, necesitaríamos ayuda óptica para ver sus ojos. Si los viéramos, notaríamos que son de un color que los griegos llamaban *xanthos*, como el pelo brillante de los dioses, como el ámbar, como el resplandor rojizo del fuego y como el polvo del camino. Veríamos que están engarzados a los costados del cráneo e inundan toda la órbita. Si los viéramos mirar algo, veríamos que mueven la cabeza de un lado a otro, en oscilaciones rápidas. Ven con la mirada nerviosa para compensar la visión lateral y monocular, para percibir profundidad. El interés del ruiseñor está en capturar la saturación brillante de la luz del sol atravesando las hojas de maleza que vio en una mirada veloz a la cuneta. El encanto está en atraer a las órbitas eso que vimos al vuelo.

¡Mira! — Después de un año, el ruiseñor canta. Después de un día entero viendo el sol bailar, pulí cada imagen. Aquí están los destellos.

Isidora Gilardi

*Borges, Jorge Luis. *El Espejo y la máscara*. 1975